

GUSTAVO COCHET

En Gustavo Cochet, pintor y grabador, se consustancian el artista y el hombre. Uno y otro se dibujan en su fuerte personalidad con rasgos definidos, pero ensamblados en una misma pasión: el arte. Y así como su proceder como hombre está determinado por una profunda resistencia a toda injusticia y una íntima adhesión a lo que la vida tiene de noble y sensible, su arte es expresión de un sentimiento puro frente a la naturaleza y al ser humano.

Para Cochet la vida no es un mero estar. Es acción. Pero acción en profundidad, en tanto mente y espíritu se confunden en un mismo propósito de lucha hacia una verdad sin retorcimientos. Y porque lo entendió siempre así, es que su obra marca una línea sin tropiezos, límpida como la trayectoria de su agitada existencia.

Él no sabe de rencores ni resentimientos. Lo que fue, aún las experiencias dolorosas de su trashumancia, es sólo recuerdo. Gusta vivir en presente y busca en la amistad la mutua comprensión.

La causa del hecho estético debe relacionarse con la posición íntima del artista. Esto es: su pensamiento. En Cochet puede afirmarse que su arte se sustenta en firmes convicciones sobre la vigencia de los valores humanos por sobre todas las cosas. Su humildad, su sencillez, su bondad, no son el producto de una convencional posición espiritual, sino el resultado de una elaboración filosófica frente al mundo y al hombre. Él cree en el valor trascendente de lo simple, admira la pureza de los hechos cotidianos y aprecia íntimamente la dulzura

de los objetos más humildes. Por eso ama la naturaleza y a quien, de pie o inclinado, le ofrece el holocausto de su diario sudor.

SU VIDA

Gustavo Cochet nació en Rosario el 6 de mayo de 1894, cuando la segunda ciudad argentina insinuaba ya el rumbo de su futuro mercantil y el país se esforzaba por retomar su ruta de progreso tras la crisis del 90. Radicada su familia en la pequeña localidad de Maciel, sobre la ruta de Rosario a Santa Fe, el niño se pone en contacto allí con la naturaleza. Y de aquellas correrías infantiles le queda el amor entrañable por todo lo simple, generoso y fuerte de la llanura y el río.

Su primer maestro de dibujo fue, según él mismo lo recuerda, un trotamundos de nacionalidad francesa que llega a Maciel un día y Cochet, niño aún, lo ve dibujar con una destreza que lo cautiva. Por entonces ya copiaba dibujos de *Caras y Caretas* y aquellos trazos académicos del desconocido trasahumante es para él toda una revelación.

Tiene sólo 17 años y hace cuatro que se desempeña como telegrafista, cuando ante la sorpresa del padre expresa su deseo de ir a Rosario para estudiar pintura. Y parte con su ropa y sus lápices, acomodados en un canasto por su afligida madre, que no se resigna a verle partir de esa manera, con un porvenir tan incierto.

En Rosario entra como telegrafista en el Correo Nacional. Conoce al hermano del artista César Caggiano y logra que éste lo acepte como discípulo y le dé, además, pensión en su casa.

Un buen día Cochet comprende que no puede ser telegrafista y pintor a la vez y se decide por el arte. Mucho después dirá al respecto: "Comprendí entonces que en la vida las cosas se consiguen a fuerza de sacrificio y que lo que se nos da gratuitamente no tiene valor alguno".

En 1913 expone por primera vez en la Cooperativa Artística, dirigida por Pedro Diez y ubicada en calle Córdoba

entre San Martín y Maipú. No tarda mucho, sin embargo, en sentir la natural atracción de Buenos Aires. Ya en la capital, íntima con Thibón de Libian y Walter de Navazio, los que ya habían estado en Europa. Ayudado y alentado por ellos, se ubica bien pronto en lo que es entonces el mundo artístico porteño. No obstante, hay en él una rebeldía a toda disciplina, a toda sujeción, que le impide permanecer en las academias, a las que prueba asistir en vano.

Bien pronto lo apremia otro anhelo: ir a Europa. Intenta primero hacerlo como polizón, embarcándose en Montevideo ayudado por unos amigos, pero es descubierto antes de zarpar el barco y queda detenido durante veinte días. A fines de 1915 logra empero su propósito, partiendo con el pasaje en una mano y la canasta que le diera la madre, a quien ya no verá más, en la otra.

Barcelona es su destino. Allá entra a trabajar en una fábrica de productos químicos, pero antes del año es despedido. No encuentra por el momento otro empleo, porque tampoco lo busca con afán. Quiere experimentar otras sensaciones y deja todos los días, muy temprano, la casa donde vive y se va a las afueras, con un pedazo de pan y los poemas de Walt Whitman, que acostumbra a leer en voz alta donde quiera que se encuentre: en las montañas o frente al Mediterráneo. Se siente entonces feliz, libre, recibiendo en plenitud el goce que le proporciona la naturaleza, como cuando niño en su lejana Maciel.

Poco después consigue trabajo como foguista en un balneario térmico. Allí está una tarde pintando a un viejo que enseña a nadar a los bañistas, cuando lo ve José Dalmau, pintor y dueño de una galería de arte y taller de restauraciones, quien le ofrece trabajo. Algún tiempo después Dalmau le confesará que al verlo había pensado que si en las condiciones que estaba, todavía tenía humor para pintar, es que verdaderamente lo alentaba una gran vocación. Con él aprendió el oficio. Por eso lo recuerda, sobre todo, como un maestro.

Mientras tanto, Cochet busca conocer al pueblo catalán, incorporándose a su lucha. Bien pronto es uno más entre los

jóvenes pintores y realiza su primera muestra en la Galería Dalman. Luego expone en otras galerías, vende algún cuadro y conoce a muchos artistas, entre ellos algunos hoy célebres, como Miró y Picasso.

En 1920 se siente atraído por París. Hace poco más de un año que se ha casado con doña Francisca y, decidido el viaje, venden todo lo que tienen y parten. Se instalan en un hotelito del barrio latino y mientras Cochet va a trabajar con un marchand, un ex príncipe ruso que le instala un taller para restauración de su valiosa colección, doña Francisca se ocupa como ama de llaves en casa del artista japonés Foujita.

Pero de nuevo el destino pone a prueba el temple de este hombre, cuya capacidad para el sufrimiento y la adversidad está en relación directa con su fuerte vocación y su ansia de trabajo. Como es hijo de francés, se ve obligado a cumplir tres años de servicio militar, consiguiendo como una gracia, dado su calidad de casado, quedar en París. Por entonces nace su primer hijo, Fernando. La noticia la recibe estando de guardia y no encuentra otra forma de exteriorizar su alegría que disparando un tiro, que alarma a todo el cuartel. Al otro día, cuando nadie duda que será castigado, el comandante se muestra muy complaciente y sólo le dice que si tiene otro hijo lo festeje con vino y no con tiros.

Cuando es dado de baja, alquila un modesto taller en la calle Vieux Pont de Sévres, donde se instala con doña Francisca y Fernando. Pasan casi cinco años, en cuyo transecurso Cochet trabaja pintando sin descanso. Frecuenta algunos talleres, se vincula con muchos artistas y realiza sus primeras exposiciones en París. Es aquella una etapa de formación, vida alegremente, aunque empañada por la muerte de su segundo hijo. En 1928 regresa a nuestro país, ansioso de sentirse de nuevo en su patria con toda la experiencia vivida en duros años de lucha y trabajo. Viene solo. Doña Francisca y Fernando se quedan en Barcelona. Pero aquí, no encuentra el ambiente propicio que esperaba, no obstante obtener el premio de grabado en el Salón Nacional. La buena voluntad de algunos



Gustavo Cochet

"Autorretrato"

amigos no basta para que pueda sentirse cómodo y decide regresar. Durante el viaje se siente angustiado por ese retorno frustrado a su tierra natal y piensa con dolor en todo lo que dejó en París: taller, trabajo, amigos...

En Barcelona consigue trabajar en la Exposición Internacional que se celebra en 1929 y con lo obtenido vuelve a París con su esposa y su hijo. La estada en la capital francesa es, sin embargo, muy breve, pues ante la imposibilidad de retornar a su empleo anterior, decide el viaje de los tres a la Argentina. Los años pasados aquí son de sufrimiento y penurias, hasta que el espíritu andariego lo incita a volver a Europa. Un grupo de amigos organizan una exposición de obras donadas por pintores de Rosario y Buenos Aires, las que son rematadas. Con el importe obtenido la familia Cochet se instala de nuevo en Barcelona. Allá trabaja mucho y realiza numerosas muestras, vendiendo varias telas. Pero estalla la guerra civil en España y Cochet ve una vez más frustrada su carrera artística y desbaratadas las esperanzas de un bienestar para su mujer y su hijo.

Declarada la contienda, Cochet se dispone a participar en la avasalladora lucha. Como símbolo de su decisión, queda sobre el caballete, sin terminar, una tela en la que estaba trabajando en aquel crucial momento de la vida española.

De buenas a primera se transforma en un miliciano. Actúa en una oficina de inscripción de voluntarios para el frente; es luego delegado oficial de la censura en el Correo; se desempeña más tarde en una repartición encargada de visar pasaportes; y es nombrado, por último, secretario del Ministerio de Cultura del gobierno catalán.

Tras los primeros instantes de la lucha, Cochet se acostumbra al nuevo estado de cosas. Y así, confiesa que cuando cayó una bomba en su casa y la destruyó en parte, no sintió ya ningún sentimiento de angustia o temor. Retoma entonces los pinceles y hace algunas obras importantes, como la columna Durruti yendo hacia el frente de Aragón, la estación de Francia después de un bombardeo, algunas alegorías relacio-

nadas con la lucha y un cuadro representando un miliciano muerto en la trinchera, que tituló "El miliciano desconocido", y es adquirido por el Ministerio de Cultura. Luego, instalado en un pueblo cercano a Barcelona, llamado Caldetas, junto al mar, vuelve a pintar paisajes, naturalezas muertas y figuras, mientras ve pasar a menudo los aviones de Hitler y Mussolini que van a bombardear Barcelona.

La rendición de la ciudad y el fin de la guerra es ya inminente y Cochet, por intermedio de unos diplomáticos franceses amigos, logra pasar algunos cuadros, libros y objetos de arte. Y el día que Barcelona se rinde, con doña Francisca y su hijo se embarca en un torpedero francés que lo lleva hasta Port-Vendres. Ya en tierra de libertad, siente el alivio de haber salido de una pesadilla que duró hasta el momento mismo de embarcarse, ya que el muelle de Arenys de Mar es bombardeado cuando apenas lo habían dejado para ir en una lancha hacia el barco francés.

Su nacionalidad argentina y el hecho de haber entrado a Francia por otro camino que el que siguieron más de 500.000 refugiados, lo libran del exilio más inhumano. En Collioure, donde tiene un amigo que los alberga en su casa, espera unos meses, hasta que se embarca con doña Francisca y Fernando el 25 de mayo de 1939 para la Argentina, no sin antes aprovechar su estada en el pueblo francés para pintar varios cuadros y exponer en Perpignan, donde vende algunas telas.

Cochet llega a su patria sin nada, pues todo lo que tiene debe dejarlo en Francia, ante la imposibilidad de embarcarlo por razones económicas. Aquí debe comenzar de nuevo su vida. Pero su espíritu no se amilana y se dispone una vez más a la lucha, con renovadas esperanzas. En 1940 es designado profesor en la Escuela Provincial de Artes Plásticas de Santa Fe, donde se radica hasta que, en 1948, se traslada a Rosario. En esta ciudad es nombrado profesor en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Nacional del Litoral. Algunos años después, el inquieto trashumante edifica su casa propia en Funes, a pocos kilómetros de Rosario, y allí se instala. Trabaja

con ahinco y dos o tres veces al año sale con sus bártulos para pintar algunos retratos o realizar muestras en ciudades y pueblos.

Sin embargo, y a pesar de sus setenta años de edad, reconoce que si nuevos motivos le atrajeran otra vez hacia otros lugares, como tantas veces lo hizo anteriormente, se despojaría de todo lo que ha logrado reunir con cariño, para partir de nuevo.

SU OBRA

Es el de Cochet un arte de equilibrio, de pureza, sin desgarrantes preocupaciones. Como hombre vio lacerado muchas veces su espíritu y su cuerpo por la dura realidad de una vida que le exigió mucho, pero como artista mantiene incólume su ternura. Por eso toda su obra está imbuida de una honda emoción humana.

En Cochet prevalece el pintor. El oficio le pertenece. Ha creado su propio lenguaje, exuberante en el color, simple en la composición, profundo en la aprehensión de las formas esenciales. Su mensaje es abierto, amplio, generoso. Mantiene el equilibrio entre el objeto y su expresión sensible, logrando la legibilidad de la obra creada. Su pintura es, por lo tanto, comunicativa, mas no solamente por el motivo o tema, sino por ese contenido ideal que se concreta en la sensibilidad colorística y formal de la composición.

Partiendo del post impresionismo, Cochet fue estructurando su arte sin apartarse de la naturaleza, pero sí transfigurándola en cuanto a lo que de esencial encierra cada uno de sus elementos.

Artista será siempre quien a través de lo que pinta, graba o esculpe se capta a sí mismo. Cochet se descubre íntimamente en cada obra. Es decir, en cada tela o grabado está él, artista y hombre, en vital presencia.

No le preocupó nunca la originalidad, sino la personalidad. Y esto lo consigue siendo honesto consigo mismo y dejando que su alma penetre en la obra libremente, sin torturas ni angustias, con la misma sencillez que implora Neruda:

sencillez,
ven conmigo ayudándome a nacer
enseñándome otra vez a cantar.

El paisaje, la naturaleza muerta y la figura alcanzan en Cochet la misma significación plástica. En pintura, su lento pincelar y la atenta observación, van construyendo la forma libremente, sin tortura, ceñido al dibujo que rompe, sin embargo, la rigidez lineal para manifestarse en la plenitud trascendente del color.

Como figurista, logra dentro de una línea de riguroso respeto al natural, dar carácter y penetración psicológica. Como ejemplo pueden mencionarse las numerosas telas en que doña Francisca sirve de modelo y donde pueden apreciarse los valores espirituales que se contraponen al rigor morfológico. En cada uno de estos óleos Cochet pone lo mejor de su oficio y de su sensibilidad. Todo está en ellos trabajado en un tranquilo juego de serenos contrastes. No irrumpen tonos discordantes ni distorsionadas formas. La expresión surge desde adentro y se manifiesta vibrante en cada rasgo del rostro o en cada movimiento de las manos. Lo mismo ocurre en sus otras figuras, como en *El jornalero*, óleo de vigorosa factura y ajustado empaque, con el que obtiene en 1963 el primer premio en el Salón de Rosario. En esta tela, Cochet no busca dramatizar la vida de un obrero. Recrea un hombre de trabajo que ve y conoce. Y lo hace destacando detalles físicos como la dureza del rostro y la tosquedad de las manos, que otorgan carácter a la obra.

En el paisaje de Europa, como en el nuestro, su poliférrica paleta le permite jugar con los tonos y las gamas más sutiles, juego que alcanza en la naturaleza muerta un equilibrio

más razonado. Aquí, frutas, hortalizas y cobres plasman por magia del artista composiciones en que el sensualismo colorístico se vuelca generosamente.

En el grabado, Cochet se destaca por la soltura de la incisión y el juego del claroscuro, ya mediante el contraste de masas o la búsqueda de tonos intermedios. Tanto en la xilografía como en el aguafuerte, Cochet pone de manifiesto el dominio de una técnica que le permite una comunicación directa y dinámica, que utiliza para expresar las inquietudes de su intensa vida interior. Escenas de trabajo, alegorías de la guerra y la paz, ilustraciones de libros, etc., reseñan una tarea como grabador que debe señalarse por su importancia artística. El autorretrato que ilustra estas páginas, realizado en 1946, cuando tiene 52 años de edad, es una muestra de la meticulosa elaboración que caracteriza su trabajo en metal, como así también los valores que consigue dentro de una pureza y sobriedad de recursos técnicos.

La unidad de la obra realizada indica de manera indiscutible la autenticidad del mensaje de este artista que, al cumplir setenta años, se muestra en la plenitud de sus medios expresivos y con una asombrosa capacidad de trabajo. En su taller de Funes se lo ve alternando su quehacer pictórico —al grabado se dedica ahora muy de tarde en tarde— con la lectura y el estudio. Y quien quiera que llegue hasta su tranquilo refugio para gozar de su amistad y de la acogedora cordialidad y buena cocina de doña Francisca, la compañera inigualable, puede apreciar la robustez espiritual de este artista cuya vocación permanece inalterable a través del tiempo y a pesar de las muchas vicisitudes de su vida.

Es que Cochet trató siempre de salvar su propia libertad y no realizar nunca aquello en que no cree. Así, comprende y hasta justifica muchas de las tendencias del arte actual, pero juzga que su obra es genuina expresión de su sentir y persiste en ella con la misma pasión que animó sus primeras búsquedas.

Cochet vivió estos primeros setenta años plenamente, desde los más diversos ángulos. Y cuando pinta o graba, lo hace sin pensar más que en su trabajo. Su compromiso como artista, es de tal modo, únicamente con el arte y consigo mismo. Por eso su pintura tiende a la humilde tarea de mostrar las cosas del mundo y de la vida tal como son, con el optimismo de un espíritu que no intenta más que expresar su gozo íntimo a través de la recreación plástica.

EDUARDO RAUL STORNI

Juan de Garay 2674, Santa Fe

